

¿ Reconciliación

**entre el Despertar
y la Administración
de la Iglesia ?**

la revista de cultura española - número 3



**LLAMADO
AL SANTUARIO**

Marzo-Abril-Mayo, 1972

Volumen 3, Número 2

LLAMADO

al santuario

Un Periódico Laico
de los
Adventistas del Séptimo Día

Llamado al Santuario, Marzo-Abril-Mayo, 1972,
Vol. 3, No. 2; mantenido por International Health
Institute, una corporación de laicos Adventistas del
Séptimo Día, es enviado gratuitamente a quienes lo
soliciten. Diríjase a: LLAMADO AL SANTUARIO,
~~INTERNATIONAL HEALTH INSTITUTE, 2082~~
U.S.A.

Llamado al Santuario
PO Box 292
Temecula CA 92593-0292
USA

EDITORIAL ESPECIAL

Un breve relato de conversaciones

Una serie de conversaciones informales se llevaron a cabo recientemente entre Roberto y Juan Brinsmead y Doctor Jack Zwemer de una parte, y de otra parte, un comité de nueve teólogos y administradores señalados por los oficiales de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. La entrevista se distinguió por la amabilidad, candor y amor fraternal.

Mientras que quedaban varios aspectos de disparidad teológica y de interpretación acerca del borrar de los pecados y la lluvia tardía, se expresó la esperanza de que el Espíritu de Cristo guiará a los verdaderos buscadores de la verdad a la unidad y armonía. Además, la deseada reconciliación envuelve el deseo de resolver problemas en cuanto a la organización y disciplina en la iglesia. Fue decidido que esfuerzos adicionales sean hechos para alcanzar ese fin.

Una declaración expedida conjuntamente por los participantes de la reunión arriba mencionada.

Nuestros lectores tendrán interés en el anuncio que sigue

Creemos que la reunión mencionada en la declaración anterior fue providencial y oportuna. En conformidad, deseamos someter algunas observaciones para la cuidadosa y meditada consideración de nuestros lectores.

1. El renovado énfasis sobre la justificación por la fe ha traído gran luz y bendición a los creyentes del Despertar. La mano reconciliatoria de Dios ha sido maravillosamente extendida hacia nosotros. Si hemos aceptado esto no podemos sino extender la mano de reconciliación a todos los hombres, especialmente a nuestros hermanos dirigentes en la iglesia. Hemos actuado sobre estas convicciones y el progreso es muy animador.

2. Creemos que rápidamente nos acercamos a la crisis final, cuando el mundo entero estará formado en contra de los que guardan los mandamientos y la fe de Jesús. Creemos que no podemos quedar libre de mancha en el juicio a menos que hagamos todo lo humanamente posible para remover la disensión y que nos unamos con todos aquellos que aman la causa del mensaje del tercer ángel. Es hora de desechar todas las controversias innecesarias y de orar unida-

mente por la lluvia tardía.

3. Parece estar esparcida entre nosotros la convicción de que el tiempo ha llegado de disminuir la actitud controversial que envuelve el Despertar, y permitir que un tema absorba completamente a todos los demás -“Cristo justicia nuestra.” “Colgado en la cruz, Cristo era el Evangelio. . . . Este es nuestro mensaje, nuestro argumento, nuestra doctrina. . . .” *SDA Bible Commentary*, tomo 6, pág. 1113. Es difícil disputar contra tal argumento. Fe en Su intercesión final por nosotros nos traerá la lluvia tardía. (Hech. 3:19.)

4. Llenos de ardor y celosos de luchar por la fe, ha habido ocasiones en que muchos de nosotros hemos revelado demasiado la debilidad humana. Expresamos pesar por aquellas palabras que a nuestros hermanos han sonado ásperas. Hay algo de verdad en lo que alguien ha dicho: “Los aspectos desagradables de la agitación han sido causados por la naturaleza pecaminosa de los que apoyan el asunto y la naturaleza pecaminosa de los que se oponen al asunto.”

5. Es una cosa retener la verdad vital y gozar de las bendiciones que Dios nos ha dado en nuestra experiencia del Despertar. Pero es otra cosa admitir nuestras debilidades y errores humanos. Hemos contenido que este es el día de expiación antitípico cuando debemos confesar nuestros pecados y affliger nuestras almas. En cosas de enajenamiento humano, la inspiración nos dice que si estamos un cinco por ciento en el error debemos acercarnos a nuestros hermanos como si fuéramos enteramente culpables. Esto requiere mas gracia de lo que nosotros podemos fabricar; pero Dios es nuestra suficiencia.

6. Que cada creyente en la verdad presente escudriñe su propia alma. ¿Hemos dado la impresión a los hermanos que no han visto las cosas enteramente de la misma manera como nosotros, que ellos no son tan diligentes como nosotros? ¿Los hemos presentado continuamente en oración? ¿Hemos hecho un esfuerzo extraordinario para comunicarles que les amamos y respetamos aun cuando hemos diferido agudamente sobre ciertos puntos de fe religiosa? ¿Apreciamos como debiéramos las cargas que algunos de los hombres dirigentes llevan? Les hemos siempre imputado a ellos la misma sinceridad que nosotros sentimos de ver un reavivamiento y una reforma? ¿Hemos siempre aprovechado cada oportunidad de orar a favor y con estos hombres? Este escritor desea declarar que ninguno de nosotros puede sostenerse ante la santa ley de caridad sin ver causa de arrepentimiento. El hecho de que otros nos han hecho mal en su trato no hace diferencia para con nuestra obligación. Confesémos nuestras propias equivocaciones sin pensar en cómo otros deben confesar las suyas.

7. En el año 1967 el Pastor Roberto Pierson hizo un llamado urgente a favor de un reavivamiento y una reforma dentro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Pensábamos que era una equivocación identificar los blancos de ~~ESTE REAVIVAMIENTO~~ CON LOS blancos de ciertos llamados a reavivamiento que habían sido proclamados por grupos religiosos fuera del movimiento adventista.

Ha sido nuestra convicción sincera que el verdadero entendimiento de Hechos 3:19 contiene la llave para el último reavivamiento y reforma en la iglesia; y todavía creemos que si un llamado al reavivamiento y a la reforma fuera dado a la iglesia conforme a la verdad de Hechos 3:19, el deseado reavivamiento ya habría llegado a la iglesia en general. Sin embargo con el deseo de mostrar esa idea, tal vez no hemos presentado claramente que respetamos al Pastor Pierson como un dirigente sincero en la causa de Dios, dedicado a la esperanza de ver cumplida la obra de Dios en esta generación. Por esta razón el escritor aprovecha ahora la oportunidad de informar al presidente de la iglesia que oramos para que pronto él pueda ver un verdadero reavivamiento y reforma tomando lugar en la iglesia. Así expresamos nuestras apologías.

8. Descamos hacer enteramente claro a toda la iglesia que los creyentes en el Despertar no tienen ninguna intención de formar otra iglesia. Creemos en el origen divino de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y reconocemos que la formación de su organización y el señalamiento de su dirección son de orden divina.

Muchos han tenido miedo de que el Despertar se desarrollara hasta llegar a ser un movimiento de oposición y por esta razón se han sentido amenazados por causa de su desarrollo. Esperamos que pronto pueda ser demostrado, aun a los más cautos, que el fenómeno del Despertar no es una amenaza a la iglesia. Es un desarrollo que ha ocurrido a causa de un vacío espiritual en el elemento básico de la iglesia. Sus objetivos son puramente espirituales.

9. Apelamos a nuestros amigos en todas partes a hacer un esfuerzo especial en demostrar buena voluntad, amor y una actitud cooperativa hacia los que ocupan posiciones responsables en la iglesia. En reuniones de la iglesia creemos que es enteramente apropiado no interrumpir ni hacer algo en contra de la voluntad de los que lo dirigen.

10. Creemos que si nos conducimos con buena voluntad y amor fraternal, los hermanos responsables verán que favorecerá la unidad y la armonía el conceder alguna latitud dentro del sistema institucional para cierta cantidad de convicciones diversas; por su puesto, que estas convicciones sean expresada, con dignidad y caridad y en un tiempo propicio.

Más en un número futuro.

Roberto D. Brinsmead

El Juicio del Enjuiciado

El sencillo mensaje evangélico que sigue fue presentado por el hermano Roberto Brinsmead en California en 1971. Esperamos que el Espíritu de Dios conmoverá vuestro corazón al leerlo, — como lo hizo a los que lo escucharon en persona.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” Juan 3:14-17.

Cuando Jesús quiso usar una figura de sí mismo tomada del Antiguo Testamento, tomó el símbolo de la serpiente levantada. Os acordaréis que cuando los hijos de Israel estaban vagando por el desierto, en su incredulidad cometieron el error de murmurar contra Dios y por consiguiente perdieron la protección divina. Las serpientes ardientes mordían a miles. La gente no podía hacer nada para librarse de una muerte segura. Entonces a Moisés le fue ordenado poner en alto una imagen de aquellas serpientes venenosas. Los hebreos moribundos fueron invitados a encontrar curación inmediata al mirar a la serpiente levantada.

La Biblia usa diversas figuras para representar a Cristo—el Novio, el Pastor, la Vid, la Puerta, la Rosa de Sarón—símbolos (o figuras) que naturalmente señalan los atractivos del Salvador. Pero Jesús selecciona para sí la figura de la serpiente—una serpiente venenosa, maligna. ¿Cómo puede tal cosa representar a Jesús? La contestación nos la da Pablo en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Aquel que se sentaba en el trono del universo a la semejanza del Padre eterno, fue colgado sobre la cruz a la semejanza del hombre pecador (Rom. 8:3). El fue hecho a nuestra semejanza y tomó nuestro lugar a fin de que nosotros pudiéramos ser hechos a Su semejanza y tomar Su lugar, aún aquel lugar más alto que el del serafín más alto, en la más íntima comunión con el Dios eterno.

Y nos preguntamos, ¿Porqué hizo El esto?

“Nada podría haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad celestiales, y venir a un mundo pecaminoso para ser olvi-

dado, despreciado, y rechazado por aquellos a quienes había venido a salvar, y finalmente para sufrir en la cruz, sino el amor eterno y redentor que siempre será un misterio.” *Joyas de los testimonios*, tomo 1, pág. 224.

De la misma manera que no podemos ofrecer una razón para el pecado, así tampoco existe una razón que podamos dar por el amor de Jesús. El amor es una razón en sí mismo. Para El, el cielo no constituyó un lugar deseable sin su pueblo, y por eso bajó del trono a fin de tomar nuestro lugar. Para El no había otro camino. Su amor lo condujo por ese camino.

El amor es un principio divino el cual voluntariamente cambiará de lugar con el objeto de su amor. Jesús estaba dispuesto de cambiar de lugar con nosotros. El apóstol Pablo debilmente reflejó ese misterioso amor cuando dijo: “Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo por amor a mis hermanos.” Rom. 9:3. Si así pudiera haber salvado a sus hermanos, Pablo voluntariamente se hubiera cambiado de lugar con ellos. Pero el amor de Pablo por su pueblo sólo refleja debilmente el amor que maravilló al universo.

Tratado como nosotros merecemos

“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.” Isa. 53:3-5.

“Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como El merece.” *El Deseado de todas las gentes*, págs. 16-17. Esto es el Evangelio en su simplicidad y poder. No podemos entender cuan negra es la mancha del pecado hasta que veamos lo que Jesús sufrió. El sufrió como nosotros merecemos sufrir. Mientras contemplamos el trato dado al querido Hijo de Dios, nos sorprendemos viendo la revelación de lo que realmente merecemos nosotros.

Cuando Jesús estuvo en la tierra dijo, “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza.” Mat. 8:20. ¿Por qué? Porque El fue tratado como nosotros merecemos. Jesús no tenía un hogar. El no poseyó propiedades terrenales. Yo tengo una casa. Dios ha depositado mi suerte en lugares placenteros. Pero yo no merezco

un hogar. Al mirar al Señor Jesús veo a este Hombre tratado como yo merezco. El fue perseguido de ciudad en ciudad, sin hogar, rechazado, pobre. Cuando murió los soldados echaron suertes sobre su única posesión -su túnica- y finalmente fue sepultado en una tumba prestada. Sin consideración a toda dureza, prueba o abuso imaginado que podamos experimentar en esta vida, nunca debemos expresar el sentimiento de que "Yo merezco algo mejor." Jesús fue tratado como nosotros merecemos.

Para entender más completamente lo que merecemos, sigamos en nuestra imaginación las pisadas del Maestro a ese huerto misterioso – el huerto de Getsemaní. Al entrar en él con la pequeña manada de discípulos, El fue tomado por un pesar sobrehumano que los discípulos no podían comprender. Comenzó a gemir en voz alta, a tambalearse bajo la aplastante realización del pecado humano. Los discípulos tenían que sostenerle para que no se cayera. Ahora, iba a ser contado entre los transgresores. No deseando que sus discípulos vieran su suprema angustia les dice "Quedaos aquí, y orad por mí." Antes de esto el Maestro siempre había orado por ellos. Como un cedro poderoso había resistido las tormentas de furia satánica, pero ahora el Salvador temía que Su naturaleza humana sería demasiado débil para llevar la carga del pecado del hombre, de manera que suplicó: "Orad por mí."

Luego, siguiendo adelante con tropiezos se fue a solas en el huerto, y cuando la realidad del peso del pecado le fue presentado, oró al Padre: "Si es posible, pase de mí esta copa." Como si tratando de decir: "Padre, en tu infinita sabiduría ¿no existe otra forma de salvar a la raza humana? ¿No hay otra manera?" En tres ocasiones repitió la misma oración. "Padre, es demasiado. . . ¿No existe otro camino?" Pero no existía otra solución. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 642, dice que al contemplar Jesús el precio que había de pagarse por el alma humana, surgió ante El una visión de un mundo que estaba pereciendo. Contempló la suerte del hombre si es abandonado a sí mismo. Siendo que había escogido ser nuestro Padre eterno (Isa. 9:6), hizo la decisión de un verdadero Padre: "Dios, que la culpa caiga sobre mí. Significa la muerte segura si a ellos se les permite llevarla." Habiendo escogido salvarnos a toda costa de sí mismo, el Salvador cayó casi moribundo sobre la tierra. Allí probó la muerte por todos. Un ángel se aproximó al sufriente Hijo de Dios, no para librarlo de la angustia, pero a fin de fortalecer esa débil naturaleza humana de tal forma que tuviera fuerza para apurar la copa de sufrimiento hasta las heces.

El juez se hace el enjuiciado

El Hijo de Dios, a razón de su posición de Creador, fue hecho el Juez de todos. ¡Pero qué Juez! El Juez de todos se rebajó para hacerse el enjuiciado de todos. En lugar de juzgar al hombre pecaminoso, desciende a invitar a la

raza humana a pasar juicio sobre El. El Calvario representa nuestro juicio sobre El, pues "sobre todos recae la culpabilidad de la crucifixión del Hijo de Dios." (*El Deseado de todas las gentes*, pág. 694.) Los hombres gritaron: "Crucifícale, crucifícale." "No merece vivir." De esa forma el Juez se entregó a nuestras manos para ser juzgado; y ¡cuál juicio pronunciamos sobre El! Fue desechado, amarrado, burlado. Fue oprimido, afligido y llevado de sala de juicio a sala de juicio. El Juez de todos sometiose a las manos de aquellos que El había creado. Dió su cuerpo a los heridores, y sus mejillas a los que le mesaban la barba. No escondió su rostro de injurias y de esputos (Isa. 50:6). Fue juzgado como uno que merecía sólo recibir esputos. Fue coronado sólo con espinas. Pero su amor por el hombre era más fuerte que la muerte. A pesar de este trato satánico, su amor se intensificaba (*Joyas de los testimonios*, pág. 229). Mientras más los hombres le juzgaban, le odiaban, y le despreciaban, inspirados de furia satánica, más los amaba.

Relampagueó y retumbó, La ira El por mí llevó,
Entre las nubes veo a un vil. Cristo en la cruz, el vil clavó.

Con rostro cruel airado así ¿Quién pudo ser así tan vil?
En cara amable escupió. ¿Quién pudo ser? ¡Oh! ¿quién será?

La obscuridad aparte ya. El vil yo fui; Te lastimé.
Fui yo quien clavos Te clavé. Verdad al fin, ahora sé.

La angustia suprema

Sin embargo su rechazamiento de parte de aquellos a quienes vino a salvar no constituyó la angustia suprema de Cristo. En la cruz fue suspendido entre el cielo y la tierra. No sólo fue rechazado por la tierra; el cielo tampoco lo aceptaba. Su angustia suprema fue cuando la presencia confortante de su Padre fue retirada, y El sintió el ceño de Dios contra el pecado que causaba su separación de El. Clamó "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" El cielo guardó silencio, no hubo contestación. El estaba en mí lugar. La justicia demandaba que El fuera tratado como yo merezco. La ley vino con toda su fuerza y encontró mi pecado sobre El, y sin misericordia extrajo de El la plena penalidad.

Vea al Hijo de Dios, el Salvador divino-humano, en medio de aquel supremo conflicto. Con su brazo humano sostiene a la raza humana, con su brazo divino se aferra del trono de Dios. En este misterioso conflicto Satanás trata de romper su aferramiento del hombre o de Dios. Llenando al hombre de odio e ingratitud, esperaba agotar el lazo de amor que El tenía con la raza humana. Mediante dudas insinuadas contra el amor del Padre intentó romper el lazo de confianza que le unía a Dios. Los ángeles contemplaban la horrible lucha con interés intenso, pues no sólo la suerte humana estaba allí contenida, tam-

bién la del universo dependía del resultado del conflicto. Jesús sostuvo al hombre con un amor que rehusaba soltarlo. Se aferró del trono de Dios mediante la fe. El se aferró de Dios y del hombre hasta que la furia del conflicto destrozó su corazón. Pero no antes que exclamara en santo triunfo "Consumado es." El conflicto había sido ganado. Todo el cielo se regocijó. Dios y la raza caída llegaron a ser uno en Jesucristo.

Jesús fue tratado como nosotros merecemos.

No supe que la mancha del pecado era tan oscuro

Hasta que le ví derramar Su sangre.

No supe que mi orgullo era tan grande

Hasta que ví Su humillación infinita.

No tenía idea de la profundidad del pozo de mi pecado

Hasta que contemplé lo largo que era la cadena que extendió para salvarme.

La luz salvadora de la cruz

Hemos estado bajo la funesta sombra de la cruz. Ahora pongámonos en su luz salvadora. Jesús fue tratado como nosotros merecemos a fin de que seamos tratados como El merece. Sí, yo puedo ser tratado como El merece; pues mi historia mi vergonzosa historia llegó a ser suya a fin de que la inmaculada historia que asombró a los ángeles pueda ser imputada a mí.

Cuando Cristo ascendió al cielo El rehusó recibir el honor de los ángeles hasta que el Padre le diera la seguridad de que El sería restaurado a su posición de unidad con Dios sobre el trono del universo y que disfrutaría de la comunión del círculo íntimo de la Deidad. Pero más que esto:

"El también tenía un pedido que presentar en cuanto a sus escogidos en la tierra. El deseaba tener claramente definida la relación que sus redimidos de ahí en adelante iban a sostener con el cielo y con su Padre. Su iglesia debía de ser justificada y aceptada antes que El pudiera aceptar el honor celestial. El declaró que era su voluntad que donde El estuviera, allí estaría su iglesia; si El iba a tener gloria, su pueblo debía compartirla con El. Aquellos que sufren con El en la tierra deben finalmente reinar con El en Su reino. En la forma más explícita Cristo suplicó por Su iglesia, identificando sus intereses con los de ellos, y apelando para ellos, con un amor y constancia más fuerte que la muerte, los derechos y títulos por El ganados.

"La contestación del Padre a esta súplica va en la proclamación: 'Adórenle todos los ángeles de Dios.' " *SDA Bible Commentary*, tomo 5, pág. 1150.

Pablo declaró: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Rom. 8:32. ¿Algunas cosas? No, eso no le satisfecerá a Cristo ni al Padre. ¡Todas las cosas! Jesús fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiéramos ser tratados como El merece. Esto es el Evangelio. Y el Señor ha aceptado el sacrificio de Cristo como suficiente para hacer por nosotros todo esto en acuerdo con una justicia perfecta.

"El Señor ha aceptado este sacrificio en nuestro favor, como nuestro sustituto y garantía, bajo la condición de que recibamos a Cristo y creamos en él." *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 252.

No solamente ha aceptado Dios este sacrificio, sino que se inclina reverentemente en reconocimiento de su infinito valor. Es sobre el fundamento del valor de este sacrificio que El se propone tratarnos con nada menos que la bendición que otorga a su propio Hijo. Ahora Dios nos dice: "¿Por qué habéis hollado mis sacrificios y mis ofrendas?" 1 Sam. 2:29. ¿Será que pudiéramos despreciar el sacrificio que ha maravillado al universo? ¿Será posible que holláramos el indecible sacrificio de amor divino? Eso es justamente lo que hacemos cuando faltamos de responder a la invitación de Aquel que murió para salvarnos.

"El amor de un Dios santo es un principio admirable que puede conmover el universo en nuestro favor durante las horas de gracia que se nos dan para probarnos. Pero si después del tiempo de gracia somos hallados transgresores de la ley de Dios, el amor de Dios será un ministro de venganza. Dios no transige con el pecado. El desobediente será castigado. La ira de Dios cayó sobre su Hijo amado cuando Cristo pendía en la cruz del Calvario en lugar del transgresor. El amor de Dios ahora se extiende para abrazar al más degradado y vil pecador que se acerque contrito a Cristo. Se extiende para transformar al pecador en obediente y fiel hijo de Dios. Sin embargo, ni una sola alma puede ser salvada si continúa en el pecado." *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 367.

Si Dios no escatimó ni a su propio Hijo, no podrá perdonar tampoco a quien presuma continuar en el pecado. Pero por la fe en Jesús podemos contarnos como inocentes mientras pensamos en la retribución que caerá sobre los transgresores de la ley de Dios.

El Señor nos dice: "Ved el magnífico sacrificio. Yo lo he aceptado. ¿Por qué razón habéis hollado y menospreciado mi sacrificio?" "¿Como escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?" Heb. 2:3.

Podemos cambiar nuestra decisión

Este Juez entregose a nuestras manos para ser juzgado. Pasamos aquel horrendo veredicto sobre El. Todos están culpables del crimen del Calvario. El Calvario constituye nuestro juicio sobre Aquel que tanto nos amó. Lo magullamos, lo herimos, escupimos sobre El, lo coronamos de espinas. Pero gracias a su oración, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen," el Señor le ha dado a la humanidad otra oportunidad. Ahora podemos pasar otro juicio sobre Jesús. Especialmente ahora que la Escritura señala: "La hora de Su juicio ha llegado." Apoc. 14:7.

Esta no es la hora de nuestro juicio, pero sí la hora de Su juicio. En Daniel 7 se lo presenta como el que viene al lugar santísimo del juicio. Declara el profeta: "Y le fue dado dominio, gloria, y reino." Dan. 7:14. Nótese que no dice quién es que le da esa gloria. No son los ángeles. Ellos no pueden. No es el Padre, pues El por sí solo no puede dar esa gloria a Jesús. Pero el mensaje a nosotros es "Dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado."

Al principio lo juzgamos como digno de la cruz y la muerte. "Fuera con este hombre. El no ha de gobernar sobre nosotros." Ahora el amor y la misericordia divina nos ofrece otra oportunidad de pasar un nuevo juicio sobre El. ¿Cual será? El tiempo ha llegado para que El reciba la gloria, el dominio y el reino. Las mismas manos que lo clavaron al madero y lo coronaron de espinas están invitadas a coronarlo Señor supremo. Los labios que lo difamaron están invitados a glorificar Su santo nombre.

Un llamado a la verdadera reforma

¿Merece El ser rey? ¿Merece ser vuestro rey? Si lo aceptamos como nuestro Rey, le serviremos gustosamente, y aceptaremos su ley como soberana ley de libertad, como nuestra herencia para siempre porque es su ley, la transgresión de la cual quebrantó su corazón. Si cambiamos de lo contrario nuestro juicio de El, obedeceremos sin duda toda Su palabra, como cuando el Maestro dijera: "Si me amáis, guardad mis mandamientos."

Hemos llegado al tiempo cuando debe efectuarse un reavivamiento de la verdadera piedad primitiva como nunca ha habido desde los tiempos apostólicos. El espíritu de profecía describe a este gran movimiento reformador tomando lugar en medio del pueblo de Dios. (*Joyas de los testimonios*, tomo 3, págs. 344, 345.) Tal vez algunos se han preguntado si nosotros realmente creemos en tal reforma en vista del énfasis dado al tema de justificación por la fe. El problema es que hemos visto demasiados esfuerzos por una reforma de origen humano-carnal.

Tan sólo existe una cosa que traerá la reforma. Si la revelación de Cristo y su eterno sacrificio no lo logran, nada podrá lograrlo. Quiera Dios que la visión del Cristo crucificado, y el llamado a darle gloria en esta hora de juicio, pueda crear fe en nuestros corazones—una fe que obrará por el amor en la más grande reforma jamás vista sobre esta tierra.

Justificación por Fe

por Roberto Brinsmead

Por causa de la caída de Adán, la raza humana ha nacido con la mente de Satanás. Existe un "hombre de pecado" en cada uno de nosotros por naturaleza. Pero Dios tiene un mensaje que ha de dar el golpe de muerte al hombre de pecado. Es el mensaje del tercer ángel, que es el mensaje de la justificación por la fe (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 437).

Pregunta 1: ¿Cuál es el significado de la palabra "justificación"?

Al leer textos tales como Mateo 12:37; 1 Corintios 4:3, 4; 1 Reyes 8:32 y Deuteronomio 25:1 queda claro que "justificación" es una palabra judicial (un término legal) teniendo que ver con un pleito o juicio. Es el acto de juzgar y pronunciar a una persona justo, libertarlo de toda culpa y acusación. La justificación de Dios significa que Dios ha juzgado al hombre y lo ha declarado justo.

Pregunta 2: ¿Cuál es el lugar de la ley en la justificación?

"De manera que la ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe." Gál. 3:24. La palabra en el original para "ayo" implica un oficio áspero y duro. Las familias romanas ricas poseían un esclavo especial, que actuaba como un guardián para conducir a los hijos de la familia a la escuela. El tenía la autoridad de pegarle al muchacho holgazán a fin de que se apresurara a la escuela. La ley es la gran regla de la vida expresada en forma compacta en los diez mandamientos. Pero, es detallada por Moisés, los profetas, los Salmos y las enseñanzas del Mesías; y más que nada, la ley es completamente desplegada en la cruz del Calvario. El Evangelio magnifica a la ley y muestra la profundidad de sus principios.

Debemos entender claramente lo que es ley. Cualquier cosa que nos manda algo que debemos hacer, lo que debemos ser, como debemos actuar, constituye ley. Veamos ahora si es posible distinguir entre ley y Evangelio. "Amamos los unos a los otros." ¿Es esto ley o Evangelio? Es ley porque nos dice que

hagamos algo. "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro padre que está en los cielos es perfecto." La misma orden lo constituye ley. Quizás podamos considerarlo como Evangelio si tenemos en cuenta que cada mandamiento de Dios es una promesa por medio del Evangelio. "Tus pecados te son perdonados." Esto es Evangelio. "Yo deshice como una nube tus rebeliones." Esto también es Evangelio. La ley nos manda a hacer. El Evangelio nos invita a creer lo que Dios ha hecho.

Necesitamos las dos cosas: la ley y el Evangelio. El mensaje del tercer ángel une a las dos perfectamente. El espíritu de profecía está lleno de explicaciones que abarcan la ley. El hombre Moisés se encuentra allí en el espíritu de profecía, exponiendo el pecado con terrible claridad. Dice que debemos obtener la victoria sobre cada pecado, sobre el orgullo, el egoísmo, el amor al mundo y sobre toda palabra mala y acción impía antes de que podamos recibir la lluvia tardía (véase *Primeros escritos*, pág. 71). Esta exhortación es ley, y la necesitamos. Ningún hombre puede aferrarse al Evangelio sin la ley, porque ningún hombre puede apreciar el significado del Evangelio sin la ley. Sin la ley el pecador no sabe de qué necesita ser salvado. La ley define, expone, magnifica el pecado, en toda su terrible naturaleza. Dios usa la ley para magnificar el pecado en nosotros para que podamos sentir su poder, y nuestra impotencia bajo su condenación. Esta es la enseñanza de Pablo en Romanos 4:15; 5:20; 7:13; y Gálatas 3. El espíritu de profecía declara que "todos los que comprenden la espiritualidad de la ley, todos los que perciben el poder que tiene como descubridor de pecado, están justamente en tal condición de impotencia como Satanás mismo, a menos que acepten la expiación por ellos provisto en el sacrificio mediante de Jesucristo." *SDA Bible Commentary*, tomo 6, pág. 1077.

Pregunta 3: ¿Cuán absolutamente incapaz es el pecador de volverse del pecado a la justicia?

Veamos ahora si comprendemos la diferencia entre la ley y el Evangelio. "Convertíos a mí con todo vuestro corazón." Joel 2:12. ¿Es esto ley o Evangelio? Es ley. "Reunid al pueblo" -sí, reuníos por fe en el santuario celestial. Esto es ley. "¡Arrepentíos!" esto también es ley.

El hombre no puede encontrar en su propio corazón el deseo de apartarse del pecado. El está "muerto es sus delitos y pecados." (Efe. 2:1-3.) Estando muerto es sus delitos y pecados, muerto espiritualmente, no puede andar en el camino cristiano, mucho menos correr la carrera de vida eterna. El hombre natural está totalmente incapacitado para hacer lo que manda la ley. "Arrepíentete" "Cree" "Busca al Señor". El no puede obedecer estos mandatos. No está en su corazón el arrepentirse. No es natural para él, creer. Porque el corazón natural está lleno de desconfianza hacia Dios. Y Pablo dice? "No hay quien busque a Dios." Rom. 3:11.

Aquellos que solamente exhortan al pueblo a tener fe en Dios, solamente lo castigan con la vara de Moisés. Pensemos en Juan Wesley. Antes de su esclarecimiento en cuanto al misterio del Evangelio, estudió la Biblia, siendo estudiante en la universidad de Oxford. Hasta había estudiado el libro de los Romanos. Era director de un club de Santidad en la universidad. Conocía la doctrina que enseñaba como ser justo ante Dios. Pero no podía encontrar fe en su corazón. El trató de creer pero no tenía la seguridad de la salvación. Desesperadamente buscó la fe. Se fue de Inglaterra como misionero a América. Regresó a Inglaterra como hombre desilusionado, porque no descubrió la fe aún siendo misionero. Una noche asistió a una pequeña reunión Moravo en Londres. Un hombre de pie leía el prefacio escrito por Lutero sobre el libro a los Romanos. Las palabras de Lutero le hirieron como un trueno. "La fe no es tu obra," declaró el reformador. "Es la obra de Dios en ti." Al escuchar Wesley el Evangelio, se encendió la fe en su alma. El Evangelio crea fe en aquellos que lo escuchan.

No podemos arrepentirnos, no podemos creer. No podemos buscar al Señor. Por lo tanto debe quedar claro que en esta gran obra de redimir al hombre, el Señor toma la iniciativa. El no provee meramente una obra perfecta, y luego lo deja así, diciendo: "Ya lo he provisto, ahora les toca a ustedes pecadores aprovecharse de ello." Oh no, el Señor hace más que eso. Es como si un hombre muriera, dejando una herencia a cierto individuo. Aunque la herencia ha sido sellada y dejada al heredero a la muerte de su benefactor, el heredero no lo sabe. El abogado va en busca del heredero, lo halla y le da la buena noticia.

En la historia del Evangelio, la oveja perdida no puede hallar el camino al hogar. El buen Pastor va en busca de ella. El Señor no solamente murió por su enemigo, pero habiéndolo redimido por el sacrificio de sí mismo, El sigue ahora tras él. Como Adán, el pecador huye desesperadamente del Señor. Pensamientos oscuros acerca de Dios llenan su alma con presentimientos temerosos. Corre hasta que no tiene fuerzas para correr más, ni encuentra sitio donde esconderse. Se vuelve para mirar a Aquel que se imagina es su enemigo mortal. En esa gran confrontación Dios despliega la historia de su amor redentor.

Cuando de esta manera Dios confronta al pecador, no le injuria ni le condena (Juan 3:17). El que nos dijo por medio del espíritu de profecía que nadie se reforma por la censura, conoce que no puede ganar al pecador con palabras de censura. Pensad de María, traída a la presencia de Jesús por acusadores incomprensivos. Cuando Jesús invitó a aquellos que estuvieran sin pecado a arrojar sobre ella la primera piedra, María pensó que esta era su sentencia de muerte. Pero cuando todos sus acusadores se retiraron avergonzados, ella miró al Salvador. Que sorpresa cuando escuchó estas palabras, "Ni yo te condeno." O sea, "María, Yo tengo mucha fe en ti. Tienes mi perdón gratuito. Yo creo que no vas a pecar más, porque yo te he adoptado a la familia de Dios." Tan grande fue la revelación de la magnitud del amor de

Dios, al alma de María, que de ahí en adelante María preferiría morir mil veces que traicionar la confianza que Jesús había puesto en ella.

El hombre no puede hacer tal descubrimiento del amor de Dios, como el que vino al alma de María. Sólo el Espíritu Santo puede revelar la gloria del amor de Dios al alma humana. Estoy comenzando a apreciar lo que un gran teólogo dijo una vez después de una vida entera estudiando. Alguien le preguntó qué era lo más profundo que había encontrado en toda su vida de estudio. El contestó: "Cristo me ama, esto sé, pues la Biblia dice así."

Pregunta 4: ¿Cuál es la única condición necesaria para recibir justificación?

Hemos visto ya por medio de nuestros estudios que la justificación ha pasado sobre todos los hombres. La herencia ha sido dejada a la familia humana por la muerte de Cristo. Sin embargo para ser personalmente salvo, la persona debe apropiarse para sí el don. Todos los hombres no son salvos, porque no todos han poseído sus posesiones, como dice Abdías 17 (V. Antigua). *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 442 dice: "Hay condiciones para que recibamos la justificación. . . ." La cosa está tan clara que no necesita explicación. "**La fe es la única condición por la cual se puede obtener la justificación. . . .**" *Idem*, tomo 1, pág. 456. Sin lugar a dudas este es el mensaje de Romanos 3 y 4. Pablo declara que el hombre es justificado por la fe **sin obras**. (Rom. 3:28; 4:5, 6.) Estudiaremos la declaración de Santiago, "La fe sin obras es muerta," más luego. Romanos afirma que el hombre es justificado por la fe **sin obras**, sin embargo por una fe **que obra**. (Gál. 5:6.)

Estudiemos la naturaleza de la fe que justifica. Hay un número de cosas en cuanto a la fe salvadora que nos ayuda a definirla. Primeramente es personal. (Véase *Idem*, tomo 1, pág. 458.) La fe es una cosa muy personal. No es una mera creencia en los hechos históricos del Evangelio. No es asentimiento a un credo, sea el más verdadero. La fe salvadora confiesa con Pablo que, "Cristo me amó y se entregó a sí mismo por mí." Gál. 2:20.

La fe es una sencillez y reacción de todo el corazón al amor de Dios. Fe significa que todas las afecciones están puestas sobre Jesús. (Véase *Ibid.*) Fe no es una mera meditación del cerebro. La iglesia primitiva perdió el dinamismo personal de la fe salvadora. La fe degeneró hasta ser sólo creencia en una iglesia, confianza en un credo. Pero la fe bíblica es una reacción del corazón entero a la declaración de amor divino. Esa fe responde a la invitación, "Dame, hijo mío, tu corazón." Cuando el Señor tiene el corazón, tiene todo lo que hay del hombre.

La fe es inseparable del arrepentimiento. (Véase *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 96.) ¿Por qué no mencionó Pablo al arrepentimiento como una de las condiciones para recibir justificación? Estaba tratando con mentes que tenían la idea católica de que el arrepentimiento da mérito al individuo para que merezca la recepción de la gracia divina.

Mensajes selectos, tomo 1, pág. 464 muestra que la fe no puede ser ejercida mientras se acaricia algún pecado. Una persona no puede tener fe en Jesús, y a la vez continuar en la práctica de cualquier pecado conocido, o descuidar cualquier deber conocido. Nuestro derecho para tener a Cristo es que somos pecadores (*Idem*, tomo 1, pág. 456). La fe obra. No hay tal cosa como una fe que no obra. Lutero declaró, “Esta fe es una cosa activa, ocupada, poderosa.” Pablo dice que obra por el amor (Gál. 5:6). Es un don de Dios y viene al mirar a la cruz de Cristo. (Rom. 12:3; *Idem*, tomo 2, págs. 21, 22.)

“La fe es la única condición por la cual se puede obtener la justificación. . . .” *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 456.

Pregunta 5: ¿Qué prueba que el pecador es justificado por la obra que Cristo hizo por él, y no por la obra que Cristo hace en él?

Pablo declara que Dios “justifica al impío,” al “incircunciso” y a los “gentiles” (Rom. 4:5, 10, 11; Gál. 3:8). Pero la prueba mas grande se encuentra, en la declaración inspirada, que el hombre es justificado por una justicia imputada. Este es el mensaje de Romanos 3 y 4. El creyente es justificado por una justicia imputada (atribuida, contada), y no por una justicia infusa. **Imputada** significa que la justicia que justifica está completamente fuera del creyente.

Pregunta 6: ¿Por qué debemos estar seguros de que no somos justificados por la obediencia de Cristo en nosotros?

La idea de justificación por la obediencia de Cristo en nosotros es la ciudadela de la teología romano católica. Para el razonamiento humano natural, la idea católica romana puede aparecer más práctica. Pero debemos estar seguros de la verdad de la justificación por una justicia imputada y no por una justicia infusa. Noten las siguientes razones:

1. “Nadie puede mirarse a sí mismo y encontrar algo en su carácter que lo recomiende ante Dios o haga segura su aceptación.” *Mensajes selectos*, tomo 1, págs. 390-391. Si tú esperas ser justo a la vista de Dios mediante la obediencia de Cristo en ti, nunca verás suficiente obediencia en ti que te haga sentir seguro ante Dios. Después de todo, la obediencia a Dios en Sus santos es una obediencia invisible--no que sea invisible para el mundo, pero como hemos visto, el hombre que es verdaderamente santo no está conciente de

ello. David Livingstone es admirado por su servicio de sacrificio en beneficio de sus prójimos. Pero él dijo: "Nunca hice un sacrificio." Porque miraba a la cruz de Cristo, no podía concebir que había hecho un sacrificio.

Dirá alguien: "Yo puedo comprender que en el comienzo de la vida cristiana no he de mirar a mí mismo y ver en mí algo que me justifique. Pero, ¿y después de haber sido cristiano por unos años?" Tampoco, porque mientras más se acerca el creyente a Jesús, menos inclinado está a confiar en cualquier cosa en sí mismo. ¿Cuál será entonces la situación de los santos sellados? Se aferrarán únicamente a la verdad, "Dios es el que justifica." Recuerde que aun los ángeles en gloria no están seguros, excepto al mirar a la cruz del Calvario. (Véase *SDA Bible Commentary*, tomo 5, pág. 1132, citado en *LLAMADO AL SANTUARIO*, vol. 3, núm. 1, págs. 6-7.) Aquellos que moran en la verdad nunca confiarán en la justicia infusa.

2. Aunque es cierto que de Cristo procede virtud que atrae al pecador hacia Cristo, dándole fe y arrepentimiento (que son prerequisites para poseer personalmente la justificación), debemos saber que no hay mérito justificativo en la fe o en el arrepentimiento. (Véase *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 430; *SDA Bible Commentary*, tomo 6, págs. 1071 y 1073.) No debemos depender de la fe, ni de nuestro arrepentimiento, porque caeremos otra vez en el error romanista de la justificación por la gracia dentro de nosotros.

"Aunque fuese siempre fiel, aunque llore sin cesar,
del pecado no podré justificación lograr;
sólo en ti teniendo fe, deuda tal podré pagar."

3. No debemos confiar en ninguna experiencia de nosotros para nuestra justificación ni imaginarnos que debemos estar libres del pecado antes de venir a Cristo. (*Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 412.) Piensen en la forma que estaba arreglado el Santuario. El altar y el lavacro estaban dentro del atrio. Esto ilustra que no podemos, y no debemos, pensar que hemos de estar muertos al pecado (el altar) o cambiados en alguna manera (el lavacro de lavamiento) antes de que podamos venir, entrando la puerta, creyendo en el amor

**La idea de justificación por la obediencia de Cristo en nosotros
es la ciudadela de la teología romano católica.**

perdonador de Cristo. Debemos venir a Cristo pecaminosos, impíos, incircuncisos de corazón, e inmundos. Debemos venir a Jesús tal cual seamos. Él anhela vernos venir a él tal cual seamos. Estas son las buenas nuevas del Evangelio. "Habéis de venir dependiendo del Sol de justicia, creyendo que Cristo ha quitado vuestros pecados y os ha imputado Su justicia." *Idem*, tomo 1, pág. 386. Noten que dice que hemos de venir creyendo que Él lo ha hecho.

4. Pablo dice: "Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado." 1 Cor. 4:4. (No estaba conciente de nada contra sí mismo.) El fruto de creer en el Evangelio es una vida intachable pero no es y nunca puede ser la base de su posición ante Dios como hombre justo, ni lo que sirve de base para ser aceptado por Dios.

Pregunta 7: ¿Por qué nos da gran esperanza y seguridad la verdad de la justificación por la fe en la obediencia de Cristo por nosotros?

Mensajes selectos, tomo 1, pág. 386 dice: "Debéis tener algo sólido como fundamento de vuestra fe." Aquí hay dos hechos sólidos. Primero: Yo soy un pecador: "Y porque soy pecador tengo derecho a ir a Cristo." *Idem*, tomo 1, pág. 381. "La esperanza que tenemos en Cristo la tenemos a causa de que somos pecadores." *Testimonios para los ministros*, pág. 269. Esto nos da toda seguridad de ir a Cristo sin tardar, tal como somos. (*Mensajes selectos*, tomo 1, págs. 390-391.) El otro hecho sólido es este: Mirando enteramente a una justicia de afuera, hecha para nosotros por Cristo, podemos tener toda confianza y libertad de saber que somos justos a la vista de Dios por medio de la fe en los méritos de la justicia perfecta de Cristo. Cuando Lutero fue así iluminado, explicó que la fe era un gozoso y descuidado abandono de sí mismo a la misericordia de Dios. ¿Qué soplo de aire libre se encuentra en el testimonio de ese gran reformador!

Pregunta 8: ¿Es la manera de Dios de justificar al hombre, sólo una manera astuta de tener nuestros pecados perdonados, o es un remedio genuino para el pecado?

La mente judaizante, la mente papal, y la mente laodicea--o sea nuestra mente natural y carnal--puede hacer una gran demostración pretenciosa de desear una justicia práctica. Declara que desea una justicia real interna, en vez de alguna sutil, vaporosa justicia imputada por Jesús allá en el cielo. El Romanismo insiste que la posición protestante en cuanto a la justificación no es un remedio real para el pecado. En vista de esto, examinemos los principios que están revelados en el método que Dios tiene para Justificar al pecador.

"La expiación de Cristo no es meramente una manera diestra de tener nuestros pecados perdonados; es un remedio divino para la curación de la transgresión y la restauración de la salud espiritual. Es el medio ordenado por el cielo mediante el cual la justicia de Cristo puede estar no sólo sobre nosotros, sino también en nuestros corazones y caracteres." *SDA Bible Commentary*, tomo 6, pág. 1074.

La manera de Dios en tratar con el pecador no es, como algunos imaginan, simplemente pasar por alto el problema del pecado. Hemos considerado cómo originó el pecado mediante el principio de tratar de depender de una justicia innata, infusa, y cómo fue que este principio nos llevó a independizarnos de Dios. El Evangelio dice lo siguiente: La obra de Cristo por nosotros, fuera de nosotros, nos hace justos a la vista de Dios. Esta bendita verdad torna la mente de tal manera que en vez de mirar adentro, mire completamente a una justicia de afuera. Ello es en sí mismo un remedio para el problema del pecado.

Y más que esto el Evangelio nos enseña que por la fe, y por la fe sola realizamos la bendición de la justificación. Fe significa **dependencia**. El pecado originó con el espíritu de independencia. El Evangelio nos invita a confiar completamente en la justicia encontrada en Otro. Esto inculca un principio que es lo opuesto del pecado original. Con razón la Hna. White declaró:

“Es precioso el pensamiento de que la justicia de Cristo nos es imputada, no por ningún mérito de nuestra parte, sino como don gratuito de Dios. El enemigo de Dios y del hombre no quiere que esta verdad sea presentada claramente; porque sabe que si la gente la recibe plenamente, habrá perdido su poder sobre ella.” *Obreros evangélicos*, pág. 169.

¿Dónde está la sede del poder de Satanás? En el principio de mirar por dentro de sí mismo, de ser independiente de Dios.

Hemos encontrado otra vez que el orgullo es la raíz de todo pecado. La manera que Dios justifica al hombre, ataca a la raíz del pecado.

“Debemos ir a Jesús tal como somos, confesar nuestros pecados, y arrojar nuestras almas destituidas sobre nuestro compasivo Redentor. Esto subyuga el orgullo del corazón, y es una crucifixión del yo.” *Review and Herald*, 5 de marzo, 1889.

La verdad en cuanto a la justificación por la fe da al hombre tal cuadro gozoso, y sin embargo humillante, del carácter de Dios que el corazón pecaminoso, cerrado a sí mismo, se abre voluntariamente. Las ventanas del alma se abren para recibir la luz del amor de Dios. El pecador clama: “Dios me ama. A causa de la vida y la muerte de Jesús, El declara que soy justo. El Señor ganó mi corazón. Viviré para El, que me ha libertado.”

“Oh Jehová, ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, hijo de tu sierva; Tu has roto mis prisiones.” Sal. 116:16.

Nótese lo que convierte al hombre en un gozoso siervo de Dios: “Tu has roto mis prisiones.” Hay dos clases de siervos. Uno es representado por

Ismael, que realmente es un esclavo. El otro por Isaac que es el hijo nacido libre. Uno sirve a Dios por obtener la herencia. El otro sirve a Dios porque como hijo, la herencia ya es suya. El obra por un motivo enteramente diferente nacido de una profunda gratitud hacia el amor perdonador de Dios. Ese es el único servicio que el Señor puede aceptar. El no desea esclavos en su reino.

Hay otro punto para considerar. Supongamos que yo diga, "Hermano usted debe depender del Señor. Debe tener fe, y entonces el Señor le imputará Su justicia." Ese no es el Evangelio. Es solamente predicar la ley. Es ley porque meramente ordena al hermano a hacer algo. Sin el Evangelio él nunca puede depender del Señor a pesar de todas mis exortaciones. Por eso aquellos que meramente exortan al pueblo a creer, a depender del Señor, a rendir sus corazones a El, etc., por mucho que se imaginen que predicán el Evangelio, están meramente castigando a sus oyentes con la vara de Moisés.

El Evangelio no es una exhortación a hacer algo. El Evangelio es "nuevas." Nuevas son anuncio de lo que ha sucedido. El Evangelio es buenas nuevas. El Evangelio no es una orden a hacer algo. Es una maravillosa revelación de lo que Dios ha hecho. Por eso, decir "Hermano, usted debe depender completamente en la justicia de Cristo," no es el Evangelio. Es la ley. El Evangelio dice: "Dejame decirte como Dios depende de ti. El te necesita, porque te ama. El cielo no era nada para El mientras tú desconocías el gozo de Su compañía. El murió porque sintió que no podía vivir separado de tí. Y porque El te ama, te necesita; y porque El te necesita, depende de tí. Depende de tí para que tú lo justifiques, para vindicar Su carácter y declarar que El solamente es santo." Cuando el pecador oye estas nuevas, crea amor y fe en su corazón.

El corazón orgulloso, sin la luz del Evangelio, no siente ninguna necesidad de Jesús, porque no le ama. Pero cuando la revelación del amor de Dios crea amor en el corazón humano, entonces el alma depende del Señor. Depende de El porque lo necesita. Lo necesita porque le ama. El dice con Pablo: "Para mí el vivir es Cristo," y con David: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí oh Dios, el alma mía."

CUPON DE PEDIDOS: indique la cantidad—son gratis; ponga su dirección atrás.

- *Llamado al Santuario*, volumen 2 número 3 —
Justificación—Católica contra Protestante
- *Llamado al Santuario*, volumen 2, número 4 —
La Obra consumada en Cristo, etc.
- *Llamado al Santuario*, volumen 3, número 1 —
El Cristo Levantado, etc.
- *Llamado al Santuario*, volumen 3, número 2 —
Reconciliación (lo que tiene en mano)

La obra de Cristo por nosotros, fuera de nosotros, nos hace justos a la vista de Dios.

Pregunta 9: ¿Qué cambio poderoso se efectúa en la vida como un fruto inmediato de la aceptación de la justicia imputada de Cristo?

“Justificados, pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.” Rom. 5:1-5.

El gran don del Espíritu Santo viene a la vida de él que cree en Jesús. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.” Rom. 14:17. La justificación trae una nueva vida en el Espíritu. Trae paz, gozo, amor por el hechimiento del Espíritu Santo. Lutero no encontró gozo en las maneras de los monjes de tratar de ser justos. Un amigo íntimo le preguntó si amaba a Dios. “¿Amarle a El?” exclamó Lutero. “Yo lo odio.” Pero la justificación trae el milagro del cambio de vida donde el hombre aprecia el compañerismo con su Hacedor, como está escrito: “En tu presencia hay plenitud de gozo; Delicias a tu diestra para siempre.”

Romanos 6 sigue con una explicación del fruto de la justificación por la fe. Permite a Dios matar el hombre de pecado en nosotros. El hombre justificado puede unirse al apóstol con la exclamación de la gozosa certeza en la esperanza del Evangelio.

¿Desea usted recibir continuamente el periódico LLAMADO AL SANTUARIO?

Sólo hay que llenar el cupón y enviarlo a: **LLAMADO AL SANTUARIO**

SUSCRIPCIONES:

Llamado al Santuario

PO Box 292

Deseo recibir una suscripción gratis.

Temecula CA 92593-0292

Nombre: _____

EE 44.

Dirección: _____

“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de tí somos muertos todo el tiempo: Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” Rom. 8:31-39.

Dios da al creyente la señal o el sello de la justicia que él tiene por la fe (véase Rom. 4:11). El Apóstol declara:

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que, por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.” Gál. 3:13, 14.

La bendición de Abraham es justificación. Cuando el creyente es justificado recibe la promesa del Espíritu por la fe.

¿Cómo llega la promesa del Espíritu? ¡A través de la fe!

“ ¡Oh Gálatas incensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad, ante cuyos ojos Jesucristo fue ya descrito como crucificado entre vosotros? Esto sólo quiero saber entre vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír de la fe? ” Gál. 3:1, 2.

Queremos escuchar el Evangelio, queremos ver a Jesús ya descrito como crucificado entre nosotros. Creyendo que El justifica al impío, al incircunciso y a los gentiles, podemos recibir la promesa del Espíritu Santo. El Espíritu viene por el oír de la fe. Este principio es tan cierto en cuanto a la lluvia tardía, como para la lluvia temprana.

*Colgado en la cruz, Cristo era el Evangelio.
Este es nuestro mensaje,
nuestro argumento,
nuestra doctrina.*

—Elena G. de White